

LA INDUSTRIA NACIONAL

CONFERENCIA Á FAVOR DE LAS SALAS DE ASILO

La capital de la República, que bien pudiera llamarse la ciudad de la caridad cristiana, ha concurrido en estos días á la serie de fiestas, dignas de un pueblo civilizado y católico, que varias señoras han organizado, en el local que nos reúne, á favor de la fundación de salas de asilo para niños pobres de las clases obreras bogotanas. Hijo y sacerdote de la Iglesia, que es foco inextinguible de aquel fuego que Jesucristo puso á la tierra con voluntad de encenderla; ciudadano de la Patria, tanto más amada cuanto menos halagada por la fortuna, todo lo que sea amor al prójimo, mejora de la sociedad, adelanto del país, despierta en mi alma ecos de cariñosa simpatía.

Mas en la ocasión presente llama poderosamente mi atención el fin á que la caridad se endereza y los medios que se han empleado para realizarla. Se trata de ayudar á la clase obrera, nervio de la sociedad, refugio del trabajo honrado y del espíritu de silenciosa abnegación, esperanza de engrandecimiento para Colombia, y de ayudarla del modo más cariñoso y delicado: cooperando á la educación de los niños pobres, y por manos de las señoras, que por su sexo, su educación, su piedad, están libres de pasiones malsanas, de emulaciones interesadas, de codicias y ambiciones.

En vez de fiestas en que unos se divierten á beneficio de los otros, y que no dejan en pos de sí huella alguna, se ha abierto este certamen industrial, al cual todos han penetrado, en el que todos algo hemos aprendido, que deja la consoladora convicción de que, si la paz llega á ser habitual en el país, si el vapor liga este nido de águilas con el mundo civilizado y nos trae, fácil, instrumentos y máquinas, dadas las condiciones de inteligencia de nuestra

clase obrera, ella redimirá á Colombia de la tutela comercial extranjera, y resolverá, sin esfuerzo, sin necesidad de ingeniosas combinaciones, el tremendo problema fiscal y económico, que es hoy el más grave de cuantos nos preocupan.

Hermoso pensamiento el de favorecer al artesano pobre en lo que él ama sobre todo: en sus hijos; y al mismo tiempo hacerle justicia, mostrando ante la sociedad entera, en esta exposición, de cuánto son capaces los obreros y artistas, compatriotas distinguidísimos nuestros.

Es esta una exhibición de la caridad y del progreso, ó diré mejor, de la caridad en dos facés distintas; porque el progreso es bueno, y santo, y deseable sólo en cuanto perfecciona al hombre en todas sus potencias, lo hace mejor y más feliz, le alivia las penas de la existencia presente, ayudándole, al propio tiempo, á lograr las esperanzas de la vida futura.

Lo que estamos viendo es consuelo y aliento al patriotismo. Al lado de artículos de industria rudimentaria, otros que rivalizan con lo bueno que recibimos de Europa y Norteamérica; junto con trabajos de manufactura sola, labores fabricadas con máquinas más ó menos perfectas; aquí lo que hicieron las manos encallecidas del obrero, allí los finísimos bordados y tejidos producto de las blanquísimas de matronas y doncellas; más lejos lo que han conseguido los jóvenes del país, dirigidos por los Padres Salesianos. Aúnanse las bellas artes y las útiles, y pinturas y estatuas de mérito recrean los ojos, mientras se deleitan los oídos con la música; y mientras la poesía, reina de las artes, ha contribuido á este hermoso conjunto, representada por varios peregrinos ingenios.

Como andan juntas y mezcladas las obras, están confundidos esta noche los autores. Altas autoridades de la Iglesia y del Estado, el sacerdote y el fiel, los magistrados y los simples ciudadanos, el que enaltece la República con los frutos de su inteligencia y el que la honra con el tra-

bajo de sus manos, ricos y pobres; hombres que discrepan en opiniones filosóficas, artísticas, políticas, pero identificados en el amor de la Religión y de la Patria. Así debe ser. Criaturas somos de un mismo Dios, hijos de unos mismos padres primeros, todos cristianos, destinados á idéntico fin, ciudadanos de una República libre, que emanciparon y fundaron por igual los que venían de estirpe española, los descendientes de aborígenes americanos, los que sentían hervir en sus venas la ardiente sangre de las razas africanas.

El trabajo es el honor, el mayor título de gloria para el sér racional durante su peregrinación en la tierra. Aun el hombre primitivo, como salió de las divinas manos, inocente, antes de mancharse con la culpa, estaba destinado á trabajar. ¡Cómo no! Todo lo que existe está dotado de actividad; y la ciencia moderna ha reconocido la verdad de la antigua doctrina, que los cuerpos constan de materia y energía. Esta es tanto mayor, cuanto más excelente es la criatura: escasa en el mineral, más viva en la planta, superior en el bruto. ¡Cuál no será la del rey del universo, la del que tiene un espíritu por principio esencial! Y ejercitar la actividad es lo que se apellida trabajo.

La maldición de Dios consistió en hacer penosa la labor, en que la naturaleza no obedeciese dócil la voluntad humana; en tener que arrancar el fruto á las entrañas del suelo, en vez de alargar la mano para alcanzarlo; en que no bastasen á ablandar la tierra el rocío y la lluvia del cielo, sino que hubiera de ser regada también con el sudor de la frente.

La clemencia divina que reparó la caída original convirtió el trabajo de pena en bendición. ¿Quién sino él nos fuerza á olvidar los dolores y sobresaltos de la vida, hace sabrosa la rústica cena servida en vajilla de tosco barro y rinde nuestra cabeza al peso consolador del sueño?

El hombre vivió por años albergándose en toscas cabañas de troncos y légamo, cubiertas de ramas; y arañan-

do la tierra con pedernales afilados sujetos con cuerdas á un mango de madera. Más tarde, así como antes había arrancado el fuego á las venas durísimas del sílice, convirtió piedras negruzcas, por medio del fuego, en el hierro, que es—y no el oro—el rey de los metales, el instrumento principal del adelanto y la cultura.

Pasado apenas el Diluvio, ya levantan los nietos de Noé la torre de Babel, cuyas ruinas, descubiertas en el pasado siglo, ponen admiración en el ánimo del viajero; y construyen las Pirámides, y alzan ciudades como Menfis y Balbek. Más tarde Nínive y Babilonia despliegan sus grandezas, y Grecia llega, en punto á perfección artística, á lo que no han podido superar, ni aun emular siquiera, las edades siguientes. Roma nos legó monumentos que aún subsisten en pie, y nos hacen pensar, por su pesadumbre y su grandeza, que hubieran sido construídos no por hombres, sino por los semidioses de la fábula.

Y con todo, las edades paganas, olvidadas de la eterna verdad, miraban el trabajo manual como ignominia, y á los artífices como hombres inferiores á los demás. Sólo dos ocupaciones se creían dignas del patricio romano: la guerra y los placeres; y los artesanos ocupaban el término medio entre el ciudadano y el esclavo, cuando no se identificaban con este último.

Uno de los timbres de gloria del Cristianismo fue devolver al trabajo su prístina dignidad y nobleza. A los principios del reinado de Tiberio, en apartada provincia recién conquistada, moraba en una aldea de Palestina llamada Nazareth un varón que, aunque de regia estirpe, ganaba para sí y para su esposa el pan, ejerciendo el oficio de carpintero. Vamos con la mente á la modesta casa donde habitan: dos piezas reducidas, una que sirve de sala y de cocina, la otra de alcoba. Las paredes son de toscas piedras, el techo sostenido por vigas ennegrecidas por el humo. Allí trabaja el humilde artesano desde el amanecer hasta la caída del sol, y no en obras de ebanistería que colindan por lo exquisito de sus contornos y tallas con el

dominio de las bellas artes; sino en labrar rudimentarios arados, fabricar toscos bancos, cabos de herramienta para los labradores. El carpintero tiene un aprendiz, niño de quince años. Ayuda á su padre adoptivo acomodándose á sus ejemplos y preceptos. Ese aprendiz es el que creó en el principio el cielo y la tierra; el que dijo: *Sea la luz, y la luz fue*; el que abrió el Mar Rojo al paso de su pueblo, el que tronó en el Sinaí, el que morirá en la cruz, el que reinará hasta el fin de los siglos sobre el mundo, el que será adorado sin cesar por trescientos millones de creyentes en uno y otro hemisferio de la tierra.

Desde entonces el trabajo manual es obra divina; el artesano es compañero de Cristo, y participa de la dignidad real, superior á la de los monarcas terrenos, aunque mansa y humilde como la del Hijo de María.

Los seguidores del Maestro celestial imitaron su ejemplo; y el Evangelio nos habla de Simón Pedro, vicario de Dios, columna de la Iglesia; de Juan, el de las visiones sublimes; de Santiago, el evangelizador de las Españas, remendando las redes de pescar en las orillas del lago de Tiberíades. Pablo, el Apóstol por excelencia, el Doctor de los gentiles, predicador de la gracia, dotado del más alto entendimiento y del corazón más encendido que se ha dado al hombre, ganaba el sustento fabricando tiendas de campaña, para no ser gravoso á sus hermanos.

Cuando el Cristianismo, después de las irrupciones bárbaras, dominó la Europa se fundaron aquellos maravillosos gremios de obreros, dirigidos por la Iglesia, informados por la fe y la piedad, que hicieron de los albañiles los fabricantes de las catedrales góticas, de ojivas que suben hasta el cielo, caladas como encajes, ornamentadas como novia el día de sus bodas; que enseñaron á los carpinteros las tallas de los coros de Burgos y Toledo que más parecen fabricadas por manos angélicas que por humana industria. Más aún: creó la Iglesia órdenes religiosas para el cultivo de las artes manuales, como la de los Hermanos constructores de puentes, fundada por San Be-

nito el menor; y elevó á muchos artesanos al honor de los altares. El mismo día en que fueron canonizados Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Teresa de Jesús, se otorgó idéntico título y honor al labrador Isidro: que la defensa de la fe, su propagación entre los gentiles, el más alto misticismo no valen ante Dios más que el trabajo honrado del simple agricultor, á quien la capital de España tiene por patrono gloriosísimo.

A fines del pasado siglo, como quien dice ayer, al llegar al punto más alto de tensión, en el Viejo Mundo, la pugna entre patronos y obreros, éstos no oían en derredor suyo sino dos voces: la de los que los incitaban á las huelgas y la revuelta, agravándoles la situación todos los días; la de quienes los insultaban, negándoles todo derecho. Entonces desde el Vaticano, el grande, el sabio León XIII, en una Encíclica que conmovió al mundo, volvió por los trabajadores, vindicó sus fueros, los exhortó á la calma y propuso la única fórmula que puede salvar aquellas vetustas sociedades que tienden á desquiciarse: fórmula que en dos palabras se resume: justicia y caridad.

Si queremos, señores, salvar la República, preciso es que, dejando estériles contiendas políticas, utópicas teorías, discusiones sin fruto, trabajemos todos á una por el progreso de la agricultura y de las industrias nacionales. Sin estudios de economía política, pero preocupado sin cesar por el bien de la Patria, me he preguntado por qué durante los cincuenta años primeros de nuestra vida independiente, antes de la explotación de las quinas, antes del cultivo del café, alcanzaba el escaso numerario para todas las transacciones, y las letras sobre el Exterior se cotizaban á la par, ó con mínimo descuento en el mercado. Y sin consultar á Leroy-Beaulieu, y sólo despertando mis recuerdos de niño, he creído conocer la razón del fenómeno. Entonces, salvo para unas pocas familias ricas de la capital y las provincias, todo lo necesario para la vida lo daban las industrias nacionales: lienzos y mantas del Socorro, bayetas de Boyacá, ruanas de Guasca, sombreros de

Suaza, sillas y arreos de montar de Chocontá, muebles fabricados por los obreros del país, y todo, en suma, cuanto el pueblo había menester para la vida. Nuestras escasas exportaciones bastaban á pagar el lienzo de *Castilla*, como se decía entonces, el paño fino y las telas de seda que usaban los caballeros y las damas de la sociedad elegante.

Más tarde, se empezó á traer de Europa todo lo que aquí se fabricaba, y á precios tales, que no podían competir con ellos los de la industria nacional. Los talleres murieron; hoy traemos de fuera hasta los mangos de las escobas. La quina cayó, el café ha bajado de precio; lo tenemos que comprar todo, y no vendemos casi nada. Ciego estará, decía Cervantes, el que no vea por tela de cedazo.

No creáis que pretendo que el país vuelva á sus primitivas industrias; no abrigo la ilusión de que el pueblo deje las ropas y útiles finos á que ya se habituó. Anhele por que puedan hacerse artículos nacionales que rivalicen en cantidad, precio y calidad con los de ultramar. El cultivo de la seda indígena, la explotación de la fibra del plátano, emprendidos por las Hermanas de la Caridad, que son la segunda providencia de Colombia, prueban que no es una utopía la aspiración que acabo de expresar; lo prueban los trabajos dirigidos por los Hermanos Cristianos.

Si estas tierras logran unirse con el Magdalena y con el mar por medio de los rieles, podrán introducirse útiles y maquinaria fácilmente á precios asequibles; los capitalistas se resolverán á dedicar á las industrias parte de sus caudales, y un sistema de prudente protección á los productos colombianos, permitirá no deberlo todo al extranjero; y el problema económico, origen del fiscal, se resolverá por sí mismo.

Mas todo se funda en la conservación de la paz, que es tranquilidad en el orden, y el bien que desearon, la noche del nacimiento de Cristo, á los hombres de buena voluntad los ángeles del cielo.

R. M. CARRASQUILLA

Octubre 26 de 1905.